

Discurso del Académico de número Dr. D. Francisco Salamero

Excmo. Señor Presidente, muy Ilustres Académicos, Señoras y Señores:

HA querido la Presidencia y la Junta de Gobierno, que por ser yo el más novel de los Académicos Numerarios ingresados por la sección de Medicina y Cirugía, lleve la voz de la Academia en tan solemne acto. Homenaje merecido al Dr. Martínez Vargas, después de colgar sobre su pecho 52 años de medalla de tan preclara alcurnia.

Doble honor: pues si por una parte cumplo con un precepto, cual es dirigirse el más joven al más antiguo del escalafón, nada podía enaltecerme tanto como glosar y elogiar a un prestigio de la medicina contemporánea, como es el Dr. Martínez Vargas.

Situación comprometida la mía y que solamente puede quedar airosa, si excusáis mi emoción y la gran responsabilidad que pesan sobre mis débiles hombros en esta velada, ejemplo científico y moral de lo que representa esta casa. Yo no quisiera tensar la cuerda sentimental, pues las emociones y los recuerdos, aun siendo agradables no deben extremarse y sólo me propongo reavivar cosas y hechos, que aún en medio de este ambiente académico, pero siempre rodeado de afectuosidad y compañerismo, le hagan esta sesión al Dr. Martínez Vargas, tan querida como una fiesta casera a la cual asisten los hijos y nietos de la familia médica.

Tierras dé Ribagorza. En la frontera la Maladeta y el pico de Aneto. Más abajo el macizo del Turbón y serpenteando y recogiendo agua de nieves el río Esera, que quiere decir es y será. Y en un punto preciso la unión del Esera y del Isábena, y a pocos metros rodeada de feraces huertas Graus. Tumba de Ramiro I y con los años, pláticas de San Vicente Ferrer, destierro de Gracián, Palacios de los Bardagís y los Heredias, retirada de tropas napoleónicas con saqueos e incendios y patria chica de Mosén José Salamero y Martínez, prelado doméstico de Su Santidad, fundador entre otras cosas, de la Escuela de Artes y Oficios y a quien los gradenses dedicaron la mejor calle de la villa.

Bien quisiera mi vanidad encontrar vínculos de parentesco con que honrarme, pero esta negativa le da más valor a mis palabras para recordarle a don Andrés quien fue su insigne pariente.

Y en Graus nació también el padre del Dr. Martínez Vargas, y de allí descendía su primo Joaquín Costa y Martínez, el tan discutido polígrafo, que sintiéndose incomprendido en la capital de España, se encerró y murió en dicha localidad, no sin antes escribir varias obras que a través de los años ponen de manifiesto el gigantismo de aquel aragonés, tozudo y arrogante a quien sus paisanos levantaron un monumento en la calle de Salamero y que fue inaugurado el mismo día que el pantano de Barasona por el General Primo de Rivera, cuando fue Presidente del Gobierno.

Con todo lo cual quiero decir y refiriéndome al Dr. Martínez Vargas, que su talento privilegiado es ya de familia, de gran abolengo intelectual y como reza el refrán «de raza le viene al galgo», pues de buena raza fueron Mosén Salamero y Joaquín Costa.

Nació el Dr. Martínez Vargas en Barbastro en 1861, cuna entre otros varones ilustres de los hermanos Argensola, sobre los cuales escribió nada menos que Lope de Vega «que habían venido de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana», lo que significa que allí no se hablaba mal: hoy todavía se usan, incluso entre la gente del pueblo, palabras de rancio lenguaje, que algunos escritores se sentirían satisfechos en conocer y saber manejar.

Primogénito de un matrimonio joven y robusto, hereda fortaleza y talento, vive el clima duro y seco de la tierra baja, respira el ambiente enérgico y luchador de la comarca, que repiten todos como una consigna: «Nos somos tanto como Vos y todos juntos más que Vos», que así lo cuenta la Historia o la leyenda y se transmite de generación en generación que de esta manera se lo decían a los Reyes, sus vasallos de aquellas tierras que raza alguna extranjera pudo conquistar.

He aquí el medio en que crece y se va formando nuestro hombre.

Estudia el Bachillerato en los PP. Escolapios de Barbastro, con las mejores notas y la carrera de Medicina en Zaragoza, donde obtiene Sobresaliente en la reválida y el Premio Extraordinario de la Licenciatura. Tiene 19 años. Y a los 20 años se traslada a Madrid para estudiar el Doctorado, quedando bajo la tutela de su tío don José Salamero y teniendo como compañero a Joaquín Costa, mayor que él y que en su carrera de Leyes ya es alguien.

Y es de suponer las confidencias juveniles, sus sueños y aspiraciones, lo de siempre: poder llegar.

En aquel cuarto de estudio platicaba ya el gran Costa a nuestro ilustre académico, que le escuchaba respetuoso y admirado sobre política hidráulica, escuela y despensa, preparando sus discursos, que luego un público de pigmeos y de políticos ciegos no sabían ver.

Porque a Costa le dolía Aragón sediento y España entera, muchos años antes que a Unamuno y bramaba como un león «el león de Graus», que luego la frase ha tenido suerte, y antes también que Cajal ya se dolía de que los ríos desembocaran estérilmente en el mar y que el sabio histólogo añadía, que los talentos no se pierdan inútilmente en la ignorancia.

Dice el Padre Coloma en su obra «Pequeñeces», que hay que distinguir entre los intelectuales dos grupos: unos que hoy llamamos superdotados, que se elevan a los altos y vuelan solos como las águilas, y otros, más numerosos, pedantes y logrereros que se arrastran y se agrupan como los pavos. En aquel nido de águilas, Martínez Vargas, pese a su juventud, se siente aguilón. Sólo espera el momento para soltarse. Y la ocasión llega. Ha terminado el Doctorado con la calificación de sobresaliente y su maestro el Dr. Espina y Capó le aconseja que se presente a unas próximas oposiciones.

Llega a su casa animoso y decidido. De sobrenuesa habla de sus proyectos y Costa le dice entre burlón y despectivo: «Niño, antes que oposiciones debes aprender los clásicos y leerte varias veces el Criterio de Balmes.» Pero el sermón ya es inútil. Las tiernas alas quieren volar y se lanza. Gana una de las cinco plazas entre 105 opositores del Cuerpo de la Beneficencia General de Madrid.

Marcha al poco tiempo para América del Norte y conoce y estudia la especialidad de niños junto a Jacobi, estableciendo una amistad que los años y la distancia no enfrió.

Pasa a Méjico, trabaja sobre la fiebre amarilla al lado de Carmona y en la capital de la antes Nueva España, presenta varios trabajos científicos que le valen el ingreso en la Academia Nacional de Medicina de Méjico. El cariño a la Patria puede más que los ofrecimientos económicos y regresa.

A su llegada se entera de la creación de las Cátedras de enfermedades de la infancia y con el tiempo justo para preparar programa y memoria, se presenta y obtiene la Cátedra de Granada. Ha cumplido 25 años de edad. En mayo de 1892 es nombrado por concurso Catedrático de Barcelona.

Citar toda la labor del Dr. Martínez Vargas desde que se encargó de la Cátedra en nuestra ciudad hasta el día de hoy, es una misión harto comprometida por su extensión, valor científico y facetas que presenta; trabajo tendrá quien desee historiarla.

En el sentido académico diré: ingresó en esta Corporación en 1894, versando su discurso sobre Patogenia y tratamiento moderno de las diarreas infantiles, siendo contestado por el Dr. Rodríguez Méndez. Ha sido Secretario y Decano de la Facultad. Vicepresidente de la Real Academia, Rector de la Universidad y Senador del Reino, Secretario General del I Congreso Internacional de la tuberculosis, Presidente de la Sociedad Pediátrica Española, correspondiente de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, Correspondiente del Círculo Médico Argentino, de la Sociedad de Pediatría de París, Presidente del I Congreso Español de Ginecología, Obstetricia y Pediatría, Caballero de Isabel la Católica, Grandes Cruces de Beneficencia y Alfonso XII, Oficial de la Legión de Honor, Doctor Honoris Causa de la Universidad de Toulouse, Director del Hospital de la Cruz Roja Local, Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, Presidente de Honor del último Congreso Español de Pediatría (Santander 1944), etc. etc. Porque podría doblar la cifra de títulos y distinciones.

No creo equivocarme si digo que su labor como publicista no ha sido igualada por ningún médico español. Desde su primer trabajo «Clorosis»: crítica de las teorías patogénicas, Tesis Doctoral, se reúnen alrededor de ochocientas publicaciones en diversas revistas, tanto españolas como extranjeras.

Fundó y dirigió durante años la revista «La Medicina de los niños», de la cual se recogen hasta 37 tomos y 188 bibliografías de obras alemanas, inglesas, francesas e italianas.

Su libro «Tratado de Pediatría», fué declarado, por Real Orden, de mérito relevante en lo científico y en lo docente por el Consejo Superior de Instrucción Pública.

Ha terminado otra obra sobre Historia de la Pediatría Española. Añádase una cifra impresionante de artículos de divulgación científica en la prensa.

El espectáculo doloroso que observa en su adolescencia, ante la mortalidad infantil y más tarde como médico, le llevan a luchar sin descanso, creando obra sociales — en Granada en 1888, en Barcelona 1893 — antigua Facultad y más tarde en el Hospital Clínico actual.

Creó los cursillos de maternología en la Escuela Normal de Maestras. Instituyó la Póliza de Protección Infantil e inspiró al Marqués de Alella la creación de una casa cuna en su fábrica de San Andrés. Y a su iniciativa se creó el Instituto Niopológico de Barbastro.

La puericultura fué su obra predilecta, que tanto divulgó en los periódicos con el título de «Consejos a las madres».

Pero donde puso mayor interés fué en la Cátedra. Todos los que hemos sido alumnos suyos, sabemos de la constancia y puntualidad en su labor docente. Fácil de palabra, con un timbre de voz agradable, pasaba los temas del programa como quien pasa las cuentas de un rosario, metódico, ordenado, haciendo fácil lo difícil, recurriendo cuando lo estimaba oportuno a la anécdota, para que así se fijaran mejor los casos. Y a continuación a la clínica o al dispensario, donde de una manera breve y sencilla enseñaba la orientación diagnóstica y las prescripciones dietéticas, farmacológicas y quirúrgicas adecuadas al caso.

Lecciones magistrales y prácticas, orientadas a enseñar médicos, que el Destino llevaría a ejercer en ambientes muy diferentes. Porque la labor de un Profesor será nula y aburrida, sin mérito ni provecho, cuando tirando continuamente del cajón de las fichas y citas, trate de sorprender a un auditorio que no está preparado y al cual es fácil impresionar. Este tipo de Profesor conferenciante, de resultados negativos y que hoy se da en demasía, ya no tiene más admiradores que ese público de mentecatos, que nunca faltan en las oposiciones a gozarse con las ricas rifeñas, que pese a tantas reformas Universitarias parece imposible desterrar.

Por eso los que tienen mi edad nunca agradeceremos bastante a los doctores Martínez Vargas, Torres Casanovas, Bartrina, Nubiola, Gallart, Esquerdo, Peyrí, Codina Altés, Pedro Pons, etc., lo que son las verdaderas lecciones de Cátedra.

Mi maestro, Bartrina, ya escribió en el prólogo de un conocido Manual de Patología Quirúrgica «el mejor tratado, es el siempre elocuente, sin par, verídico e inagotable, libro de la clínica».

Leer un poco menos y observar más, decía en estos últimos años el filósofo Conde de Keyserling y todos reconocerán que la cita es de buena calidad.

Físicamente incansable, pudo el Dr. Martínez Vargas compaginar toda esta tarea científica, con la asistencia de una numerosa clientela, que le han hecho, durante muchos años, el Pediatra más solicitado de la ciudad y el consultor imprescindible en las principales poblaciones de Cataluña. Y este dinamismo le ha permitido, además, viajar incesantemente por España, dando conferencias en Facultades, Hospitales y Colegios Médicos.

Su viaje científico a Buenos Aires, a donde fué invitado, y su presencia en diversos Congresos extranjeros, París, Moscú, Roma, etc., son de sobras conocidos.

Quien conozca en la intimidad la vida de la Academia, sabe que el Dr. Martínez Vargas es rigurosamente asiduo a todas las obligaciones que supone tal distinción.

Le veréis en las científicas, atento al disertante y siempre bien dispuesto. Generalmente el que sabe escuchar también tiene respeto a las opiniones ajenas.

Juzgar la obra total del Dr. Martínez Vargas, después de lo escrito y lo que

me dejo en el tintero, además de atrevido es inoportuno. Su obra está en marcha: hoy como todos los días, habrá leído, escrito unas cuartillas y también visitado algunos enfermos. Sus 85 años, sanos de cuerpo y con una inteligencia que sigue en todo su esplendor, promete muchas aportaciones a esta Corporación y a la Intelectualidad Médica.

No puede negarse que la Providencia le ha reservado en la vida un papel destacado.

Se ha visto encumbrado, azarosamente adulado, ha ocupado los mejores cargos y ha obtenido las máximas distinciones y honores. Conoce el bienestar económico y social.

Pero también sabe lo que significa la humildad, la intriga, el desagradecimiento, la calumnia y hasta el atentado físico. Hombre, al fin y al cabo, más de otros tiempos que no de éstos, habrá tenido tal vez errores, pero el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.



Aspecto del Salón de Sesiones durante el homenaje

Si nuestro paso por este mundo se traduce por una suma de emociones, él puede decir que las ha sentido casi todas. Por encima de todas las consideraciones, lo cierto es que estamos en presencia de una gran mentalidad, que pudo imponerse por sus dotes extraordinarias frente a todos los obstáculos, hasta alcanzar por derecho propio el título de Patriarca de la Pediatría Española. Figura que entra de lleno en la Historia de la Medicina Contemporánea, sin que nadie la discuta.

Gloria a quien supo alcanzarla y orgullo para Barcelona, pues desde esta ciudad alumbró este médico excepcional lo mejor de su obra, tan fecunda como provechosa.

Permítame el Dr. Martínez Vargas que el más novel de los Académicos y el más modesto — y que también es verdad — le felicite con estas palabras, que por ser sencillas lo dicen todo: «La Real Academia de Medicina de Barcelona hace constar al Dr. Andrés Martínez Vargas su agradecimiento por los servicios prestados durante 52 años de vida Académica.»

Y voy a terminar:

Los años pasan y los hombres y las generaciones se suceden y día llegará en que fatalmente todos seremos sustituidos.

Pero que quede de estos tiempos en que un terrible vendaval tantas cosas queridas arrastró, el recuerdo de un respeto a las canas de un anciano y el cariño a un excepcional maestro.